

Caricatura lírica de José Ortega y Gasset por el poeta Juan Ramón Jiménez

Introducción de Concha D'Olhaberriague

ORCID: 0000-0003-4269-3266

*E*spañoles de tres mundos es, junto con *Espacio* (1941-54) y *Platero y yo*, de cuya publicación celebramos este año el centenario, una de las tres obras mayores en prosa que salió a la luz tras la supervisión directa y minuciosa de Juan Ramón Jiménez.

El libro lo publicó la editorial Losada de Buenos Aires, en 1942, con un prólogo del autor firmado en Coral Gables y fechado en octubre de 1940. Juan Ramón anotó en la portada, entre paréntesis, dos fechas: 1914-1940, lo cual da cuenta de la larguísima elaboración de la obra.

Esta primera edición de Losada contiene 61 retratos o “caricaturas líricas”, como las denomina el escritor. “A cada uno he intentado caracterizarlo según su carácter”, afirma. Diez de los retratados son mujeres, cifra digna de mención para la época. Alguna de ellas aparece a continuación de la semblanza de su marido. Tal es el caso de la poeta Concha Méndez, cuya entrada se encuentra a continuación de la del también poeta Manuel Altolaguirre, pese a que están redactadas con una distancia temporal de siete años, o bien la de Carmen, que sigue a la de su marido, el pedagogo krausista Manuel Bartolomé Cossío. En el caso de los Maeztu, Juan Ramón agrupa a los tres hermanos más conocidos: Ramiro, el periodista, María, la pedagoga y Gustavo, el más joven, pintor de profesión, bajo el marbete de “Troupe Maeztu”.

En cuanto a cuál sea la terna de mundos aludida en el título de la obra, queda ella esclarecida en el subtítulo de la primera edición que reza: *Viejo mundo, Nuevo mundo, Otro mundo*, o bien España, América, la Muerte, como precisa Juan Ramón al comienzo del prólogo.

El tamaño medio de las semblanzas oscila entre un párrafo sucinto, en el caso de Miguel Ortega Spottorno, hijo mayor del filósofo, o los tres párrafos cumplidos que ocupa la de su padre, José Ortega y Gasset, de la que nos ocuparemos más abajo. No obstante, hay caricaturas algo más extensas: la segun-

Cómo citar este artículo:

D'Olhaberriague, C. (2014). Caricatura lírica de José Ortega y Gasset por el poeta Juan Ramón Jiménez. *Revista de Estudios Orteguianos*, (28), 161-168.
<https://doi.org/10.63487/reo.389>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 28. 2014
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

da dedicada a Miguel de Unamuno, escrita después de la muerte del escritor bilbaíno, se extiende a lo largo de cuatro páginas.

Hubo, más tarde, cuando ya el poeta no vivía, varias ediciones de *Españoles de tres mundos* al cuidado del especialista y biógrafo juanramoniano Ricardo Gullón. La de Afrodisio Aguado (Madrid, 1960) añade diez textos más y otra más tardía, de 1968, suma casi otros tantos, provenientes de procedencias varias.

Posteriormente, en la edición de Espasa (2005), a cargo de Javier Blasco y Francisco Díaz de Castro, el número de caricaturas se incrementa hasta alcanzar la cantidad de 155, cifra muy próxima a la de “unas 150”, anunciada por el autor en 1942, y aparecen, en los dos apéndices que incorpora, segundas versiones o tomas de Miguel de Unamuno, Gustavo Adolfo Bécquer, José Bergamín, Rosa Chacel, Ernestina de Champourcín, Antonio Machado y otros, indicando, casi siempre, la fecha de cada entrega.

El texto del retrato de Ortega que presentamos nosotros aquí procede del volumen 38 de *Obras de Juan Ramón Jiménez* a cargo de Visor Libros, Madrid, 2009. Dicha edición lleva un prólogo muy apreciable de José Manuel Caballero Bonald y reproduce la mencionada de Blasco y Díaz de Castro (Espasa 2005), que sigue siendo, hasta el día de hoy, la más completa. Los editores mantienen, como es preceptivo para el rigor filológico, las peculiaridades y caprichos bien conocidos de la ortografía juanramoniana. Entre las novedades que presenta, merecen una atención especial los dos autorretratos que se dedica el poeta, nostálgicos, vivaces y rebosantes de la más fina ironía. Al primero lo titula “El andaluz universal. (Autorretrato para uso de reptiles de varia categoría)”, 1923. Pinta en él, por este orden, su llegada fortuita al lumínico ámbito natal e infantil del Suroeste (el nombre de Moguer no aparece); los rasgos más sobresalientes de su personalidad recia, reconcentrada, pasional y contrapuesta; su condición de ser destinado al cultivo de la Belleza y de la Poesía (ambas con mayúscula de stirpe platónica), y el papel central que desempeñó en su vida la imagen y el habla de su madre, de cuya herencia se declara orgulloso.

El segundo de estos autorretratos se titula, expresivamente, “Revés de un derecho ya publicado”. Comienza con un tono de trazo grueso e intención degradante hablando de su nariz aguileña y varios defectos físicos suyos visibles o internos, como la calvicie o una deficiencia cardíaca; alude, luego, a su infancia de niño enfermizo y aficionado a matar animales y a la vivencia de la muerte al perder a su padre de forma repentina. Por último, vemos un bosquejo esclarecedor de su singular manera de entender la creación, sus fobias, exigencias y afinidades humanas. Cierra su autorretrato con un vaticinio de lo que vislumbra el poeta que ocurrirá el día de su muerte.

Con el apelativo de “caricatura lírica” Juan Ramón pone sobre aviso al lector acerca de su intención deformadora y poética y de su mirada personal, expresionista de lejos e impresionista cuando se atiende al detalle. Para mayor claridad, explica en dos artículos breves incluidos en el apéndice 1, qué significa para él “caricatura”, insistiendo en que no le mueve el menor propósito despectivo ni el afán de molestar a nadie sino que pretende captar el “perfil esencial” del personaje en cuestión y crear “el producto más sutil del arte moderno”.

Por otra parte, según señala oportunamente Caballero Bonald en su prólogo a la edición de 2009, la riqueza de matices, notas y detalles de muchas semblanzas sobrepasa con creces lo apuntado en el nombre de “caricatura lírica”, que resulta, a la postre, simplificador.

La calidad de la escritura prosística juanramoniana es, a nuestro modo de ver, tan alta como la de su poesía y responde a los mismos criterios de autoexigencia, depuración extrema de la lengua, uso selectivo de voces andaluzas y arabismos, ansia de belleza armónica, sentido de la eufonía y anhelo de una veracidad subjetiva. Si Juan Ramón es, qué duda cabe, más conocido en calidad de poeta ello se debe a que, en comparación con su copioso y excelente corpus poético, fue poco lo que escribió en prosa. Con todo y con eso, no hay una sola línea suya que no revele la condición de poeta esencial de su autor, y, a decir verdad, las fronteras entre prosa y verso no son en su caso sino líneas de transición. No en vano, la crítica actual considera a *Platero y yo*, publicada en 1914, como dijimos, una obra que anticipa en varios aspectos lo que en los años veinte se llamó novela lírica, subgénero prefigurado ya en nuestra lengua mucho antes por Miguel de Unamuno y su novela bilbaína *Paz en la guerra* de 1897.

José Ortega y Gasset (1919)

En 1919 el filósofo está en un momento vital y creativo extraordinario. Basta leer la prosa de *El Espectador* para percatarse de ello. El poeta lo admira y le tiene una simpatía auténtica. También él pasa por una época apacible en el aspecto personal y satisfactoria en el creativo. El año anterior se editó su poemario *Eternidades*, considerado como uno de los libros de mayor ascendiente para las generaciones de poetas jóvenes, en especial para la del 27, y en 1916 viajó a Estados Unidos para contraer matrimonio con Zenobia Camprubí.

El influjo orteguiano es patente en la poética de Juan Ramón, quien cuidó con esmero la primera edición de las *Meditaciones del Quijote* de Ortega por la casa editorial de la Residencia de Estudiantes, obra inaugural de sus textos de filosofía estricta. A ambos se les considera figuras señeras de la Generación del

14 o novecentista, de la cual, al igual que de la aparición impresa de *Platero* y de *Meditaciones del Quijote*, conmemoramos ahora el centenario. La mirada atenta y limpia a lo cercano, visible en tantos poemas en prosa y en verso del escritor andaluz, la morosidad en el detalle, la búsqueda de la visión no mediada revelan el conocimiento y la asimilación de la vivencia fenomenológica. Entre retratista y retratado se trasluce de forma manifiesta y sin ambages una afinidad de intereses y un aprecio sincero.

La caricatura de Ortega estaba ya en la primera edición de Losada, ocupa el número XX y se halla entre las del compositor Manuel de Falla y el médico Nicolás Achúcarro. Se encuadra en el grupo de personajes que Juan Ramón coloca bajo el marbete de “internacionales y solitarios”. En este apartado, están, asimismo, amén de los dos nombrados arriba, Enrique Granados, Francisco Giner, Alfonso Reyes, Norah Borges, Antonio Machado o Federico de Onís. Según nos dice el poeta: “En *La Colina de los Chopos* he puesto los solitarios e invisibles, los que tenían más lados”. Los otros epígrafes son “Muertos transparentes”, “Rudos y entrefinos del 98 y demás”, “Entes de antro y dianche” y “Estetas de limbo”.

Son tres los párrafos en los que se estructura el retrato. El último es el más dilatado e incluye una cita oral del filósofo donde podemos apreciar que no se tuteaban, cosa que no debe extrañarnos dados los usos sociales de la época.

Juan Ramón dibuja, primero, el rasgo preponderante del personaje: su disposición presta y eficaz a enfrentar lo real. Nos habla de un filósofo, sin duda. Lo que destaca en él, los trazos dominantes de su caricatura son una frente amplia, una mirada profunda y un mentón firme, evocando, de esta suerte, la capacidad reflexiva, la intuición y la seguridad. Pero no se trata de un pensador aislado o solitario. Su palabra rebosa sentido, llega a los demás, sugiere, esclarece. La seriedad es interior; con los otros es afable.

Más que un cuadro estático, lo que nos presenta Juan Ramón es una escena dinámica. Al ver llegar a su amigo por los jardines de la Residencia, transmutados literariamente en un paraje modernista al gusto rubeniano, introduce un inciso donde evoca al escritor del 98 Azorín, lanzando, maligno, en otro escenario, una observación ambivalente acerca de Ortega y la respuesta suya convirtiendo en elogio el reproche insidioso de su interlocutor.

Estamos adivinando a un pensador decidido y ambicioso, con una gran convicción en lo que hace y con un deseo vehemente de compartir su proyecto. Ese aplomo y entusiasmo suyos suscitan la aprobación de muchos y, cómo no, el recelo, la maledicencia y la envidia de algunos. El caricaturizado está, al parecer, extraordinariamente dotado para su propósito y lo vive como una obligación, una suerte de destino o causalidad impulsora. No hay una finalidad sino una razón o motivo inexcusable para llevar a cabo su proyecto. Y necesi-

ta compartirlo de manera afectiva. Por eso acomete con denuedo y todas sus fuerzas la trabajosa tarea de atraer para convencer o, en palabras de Ortega, “seducir”, primero, para después “persuadir”. A veces lo consigue.

Juan Ramón no es parco en alabanzas al apreciado Ortega. Su tono es abiertamente laudatorio con matices, sin caer nunca en el halago. Así, nos apunta, es persona cordial y voluntariosa aunque el pudor y la elegancia lo inclinen a disimularlo. Con un símil vigoroso el poeta lo pone en parangón con un árbol copudo y rebosante de fruto, al arrimo del cual los sentidos reciben impresiones potentes emanadas de su savia. Las hermosísimas metáforas que le dedica tienen la fuerza caracterizadora de ciertos epítetos homéricos: “boca de fuego”, “imán de horizontes”. El pensador, cual guerrero, se protege con una “armadura ataujada”, nos dice el poeta haciendo uso de un sonoro y plástico adjetivo de origen árabe, modificado a partir del canónico “atauijada”. Sigue, luego, una alusión clara al éxito del pensador en América. En el 1919 ya había realizado, tres años antes, su primer viaje a la Argentina, y el retratista, generoso, le rinde tributo de admiración al recordarlo.

Con la caricatura lírica de José Ortega y Gasset nos deja Juan Ramón un precioso testimonio literario de homenaje, reconocimiento y amistad. El lenguaje figurado, los tropos, la metonimia, la hipérbole y, en suma, la expresión decididamente simbólica de que hace gala nuestro premio Nobel lejos de velarlo o difuminarlo han potenciado enormemente el retrato en movimiento hasta convertirlo en un peculiar esbozo biográfico. Esta instantánea sintética y concentrada pero precisa, que hace aflorar los rasgos esenciales del carácter y el perfil fisiognómico y psíquico del filósofo a la altura del año 1919, resulta, al cabo, una muestra sobresaliente del riguroso proceso de escritura juanramoniana en pro de la transparencia.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Españoles de tres mundos

—**L**o define bien la lejanía. Cuando la lejanía lo define, y José Ortega y Gasset pisa la raya eléctrica en que la realidad de cada uno salta hecha evidencia, no queda en él, con la primera mirada honda y las primeras palabras llenas, que ya nos alcanzan, sino su mitad, la hipertrofiada frente, o su sobretotalidad, la frente, los ojos, y el mentón; todo en ceño que acaba de ser duro para él y quiere ser amable para nosotros, revestido, envuelto en surcada tierra y plomo muy cuidado.

Llegó, tramando con la cargada cabeza, por el lujurioso bosque de verdura heroica, blanco de ninfas delicadas, su paseo diario. (“Monstruo en su laberinto”, me dijo, serpiente, *Azorín* en la librería alemana, con un *Espectador* en la mano meneada. “Laberinto de laureles”, le contesté). Pero al llegar, le traiciona el bulto del corazón, su contrabando noble, parejo del de su voluntad, que, como él lo incluye en el olvido deshumanizante, no se le nota a primera vista. A poco de estar a su lado, como junto a un árbol de carga grande madura, se siente el fuerte agridulce y el resplandor de colorado sano del pomo central de su sangre.

Buscaba con violencia o rudeza, tal vez, a quien llevarse a lo suyo. No viene para, viene por. Necesita amistad concaveadora de su estro, y enfoca a éste, a aquél, quien, no queriendo caer dentro del círculo diario que Ortega, elipsándose como un aro elástico, le echa desde su sitio, le obliga, en salto atrás, para que lo coja dentro, a entrarse en el suyo. Y Ortega dilata el pecho de su armadura ataujada hablando, íntegro fraseador de su convencimiento. Pronto se entrega a su ansia total. Boca de fuego, imán de horizontes, atrae al público del otro lado del mar y le dispara cuatro giros por elevación. Y las salvas de aplauso vencido le contestan en las gradas del fogateante ocaso.

“Antes”, me dice en una loma verde, dejando con su éxito discutidor al crepúsculo, “yo también necesitaba, como usted, sentarme para pensar. Ahora pienso de camino”. Hablando y pensando por el camino se ha hecho su

cuadrado equilibrio. Y las palabras remontan su fantasía, globo mate explorador de lo científico y lo poético, como gallardetes de alas renovadas, tanto como el gas, y la entran, tremolando su color español con el sol último, en las más cavernosas rejiones de lo trascendente, que anochece ya, más rico su desierto con estrellas.

Españoles de tres mundos.
Madrid: Visor, 2009, pp. 130-131.